

Estoy a punto de decir algo que no suelen escuchar de una que se auto confiesa inalterable presbiteriana, con carnet: Me gustaría ser un obispo episcopal. Por lo menos me hubiera gustado ser uno esta semana. Por lo que he visto de su programa, se están dando el gusto de celebrar una fiesta de perspectivas de lo que será la realidad social y religiosa en los próximos años y cómo iglesias, como la suya y la mía, deberían responder.

Antes de sugerir cómo se debiera formar el liderazgo para el contexto de hoy y de mañana, permítanme añadir a su ya gimiente junta mi propio sentido de lo que será ese contexto. Voy a ser breve. Sólo dos predicciones.

[Primera] En el tercer milenio, los norteamericanos elegirán sus identidades religiosas en vez de ser asignados por origen étnico o tradición familiar. Esta tendencia ya está en marcha. El mes pasado fui a una doble boda a una iglesia episcopal. Los esposos eran dos ex católicos, una judía de toda la vida y alguien que es budista, al mismo tiempo que episcopal. La mayoría de los invitados eran miembros de la congregación. Como soy una investigadora inveterada, hablé con docenas de ellos acerca de sus razones para ser miembros. La mayoría se sintieron atraídos por la misión de la iglesia hacia las personas sin hogar y hambrientos: el programa más grande de este tipo en la ciudad. Otros estaban allí por la apertura de la congregación hacia las personas LGBT= (lesbianas, gays, bisexuales y transexuales). Sólo un puñado de mi muestra no científica podría ser descrito como blanco anglosajón protestante episcopal de nacimiento. La mayoría de los feligreses eligieron su identidad anglicana, o como dice los sociólogos, la consiguieron.

El aflojamiento de los lazos de adscripción a tradiciones particulares significa que todas nuestras iglesias tienen un amplio campo para el reclutamiento. También significa, sin embargo, que no hay garantías. La elección es un fenómeno que tanto da como quita, sobre todo entre los jóvenes.

Ustedes pueden haber oído hablar del rabino, del sacerdote católico y del obispo episcopal que todos tenían murciélagos en el campanario de sus respectivos santuarios. El rabino, basado en el respeto tradicional de los judíos hacia la creación, llamó a la gente de control de plagas quienes echaron a los murciélagos y sellaron las grietas para que no pudieran regresar. El sacerdote católico invocó teoría de la guerra justa, cogió una escopeta y mató a los murciélagos. El obispo episcopal llevó el Libro de Oración Común al campanario de la catedral y confirmó a los murciélagos, con lo cual se fueron volando y nunca los volvió a ver. En una cultura de elecciones, las posibilidades de que los hijos de los episcopales sean episcopales son escasas.

Segunda predicción: Habrán menos adeptos a la fe religiosa en los próximos años. Los norteamericanos siguen siendo el país más religioso del mundo occidental, casi todo el mundo cree y reza algo, pero los patrones de pertenencia están cambiando rápidamente. Las iglesias cristianas están perdiendo tanto asistentes como miembros. En las iglesias históricas (mainline), esto no es, como muchos creen, porque las iglesias conservadoras y no confesionales están robando nuestras ovejas. La mayoría de las personas que

realmente dejan nuestras iglesias no van a ninguna parte. Nuestro principal competidor es el periódico de la mañana del domingo. Los que se congregan en el acostumbrado lugar para desayuna-comer (brunch) no han dejado de creer, pero creen que pueden hacer eso también, tal vez mejor, por sí mismos de lo que podrían en una comunidad religiosa.

Y los que se afilian a la iglesia o asisten con regularidad están menos pegados a nosotros que lo que solían estar los “miembros”. Los miembros de hoy obtienen sus productos y servicios religiosos en todas partes: una congregación para un estudio de la Biblia, otra para la predicación o la música, una tercera para la escuela sus hijos; y más allá de las congregaciones, hay libros, blogs, y personajes de los medios de comunicación que informan de opiniones y valores a nuestros miembros. El nombre del juego religioso del siglo XXI en América del Norte es el eclecticismo. En el futuro, ninguna tradición religiosa va a tener la reivindicación exclusiva de los corazones y de las ideas religiosas de sus afiliados.

Entonces, ¿qué significa esto para el liderazgo religioso y cómo debe ser formado? Significa que el modelo que ha dominado el ministerio cristiano de corriente tradicional desde la década de 1950 no va a funcionar. Mi nombre para ese modelo es capellanía. Por capellanía quiero decir el ministerio concebido como un servicio privado, liderazgo de adoración y atención pastoral más o menos exclusivamente para aquellos que lo paguen. Capellanía en este sentido no se limita a los hospitales, cárceles, escuelas, unidades militares, y cortes de gobernantes seculares y religiosos. Se ha convertido también en el modelo dominante de ministerio parroquial. La fe religiosa es ahora un asunto intensamente privado, por lo menos entre nosotros educados, pertenecientes a iglesias históricas. Stephen Carter dice que eso se ha convertido en un pasatiempo favorito de los estadounidenses. Al igual que una afición, la religión es una actividad doméstica, practicada dentro, donde sacerdotes y ministros especialmente cuidan de los suyos. Se aprueban algunas obras de caridad en público, pero si los clérigos parroquiales tratan de pasar cualquier cantidad de tiempo considerable en el ámbito público, ya sabes lo que pasa: se les llama la atención. Me imagino que los obispos sienten estas mismas presiones. Ustedes son nuestros, escuchen a su pueblo y a su clero. Quédense en casa y nos cuiden. La cultura y la sociedad en general se harán cargo de sí mismas.

Pero no lo harán. El modelo de capellán funcionó muy bien en la década de 1950, cuando casi todos habían nutrido su fe en una congregación histórica (mainline). Pero en la sociedad de múltiples tareas del presente y del futuro, donde las personas entran y salen de las iglesias, cambian de tradiciones de fe con tanta facilidad como su color de pelo, crean sus propios credos, profesan su fe en los sitios de redes sociales y Tweet sus oraciones, en este entorno, privado, el ministro confinado al interior tiene un impacto limitado.

Para que el evangelio sea proclamado y oído en el contexto que se aproxima, necesitamos un tipo diferente de ministerio: de conocimiento amplio, más público, más profundamente formado y arraigado, y más hábil en la construcción de instituciones.

Una palabra sobre cada una de estas cualidades. Conocimiento amplio. En un mundo donde el acceso a la información está creciendo exponencialmente, los líderes religiosos tienen que saber mucho. Permítanme ser claro: no necesitamos pedantes. Pero sí

necesitamos ministros cristianos que pueden ayudar a una sociedad de mensajería instantánea a conectar millones de diferentes piezas de datos para que tengan una visión del mundo coherente que cree comunidad y sostenga la vida. Para lograr esto se requiere conocimiento, no sólo de la teología cristiana y de otras religiones, sino también de su relación con la ciencia, la filosofía, la historia y el comportamiento humano. Los líderes religiosos también deben tener consumadas habilidades de comunicación, esa es la parte pública. Debido a que menos personas se acercan a las puertas de la iglesia y los que vienen tienen diferentes pasados y obtienen sus ideas y valores de múltiples fuentes, los ministros deben estar preparados para predicar, enseñar y modelar la fe de diversas audiencias: tanto fuera de la iglesia, como dentro de ella. El modelar es un reto especial: Vivir la fe en formas que hablen a un mundo que es profundamente sospechoso del clero y de otras figuras religiosas, eso va a necesitar una base espiritual profunda. Algunos modelos antiguos de integridad han fracasado a plena vista del público y se necesitan otros nuevos. Y por último, habilidad para construir instituciones. No es casualidad que en denominaciones como la mía y creo que la suya, la mayoría de las congregaciones son pequeñas, pero la mayoría de los miembros están en congregaciones más grandes. El tamaño per se, no creo que sea la atracción. La gente en un mundo radicalmente inestable se siente atraída por la estabilidad. Yo soy una gran aficionada de iglesias pequeñas - pertenezco a una - pero si nuestras tradiciones han de tener una base en el futuro, todas nuestras instituciones, independientemente de su tamaño, deben ser duraderas. Nuestros líderes deben saber cómo lograrlo.

¿Cómo se educarán y formarán líderes como estos? Los programas del seminario de hoy no son adecuados para la tarea, muchos de sus graduados no han aprendido lo suficiente, o han aprendido por caminos equivocados: muchos de ellos están orientados a cuidar sus pequeños rebaños, no el resto del mundo que Cristo vino a salvar; también muchos de los graduados están espiritualmente ensimismados; muy pocos están centrados espiritualmente, o son fuertes y desinteresados; y muchos no tienen ni idea de lo que se necesita para construir una sólida base institucional para su ministerio. Los seminarios en su forma actual no proveen líderes para el contexto que se aproxima.

Pero: no hay futuro para su denominación, o la mía, o la de cualquier tradición religiosa, sin seminarios teológicos. No voy a tocar lo que sé es un tema de discordia en su denominación, acerca de si los sacerdotes deben ser entrenados en el campus o en las diócesis de origen. Pero voy a decir esto: el futuro de su iglesia requiere facultades que dediquen tiempo completo a realizar las conexiones entre la fe y los otros tipos de conocimiento – pero eso no se consigue de prisa - y los futuros líderes religiosos necesitan un encuentro intenso en algún lugar con la enseñanza de una de esas facultades. Esos futuros líderes también necesitan aprender a pensar y actuar institucionalmente. Consiguen eso en el mejor campo de la educación y mejores programas internacionales de inmersión. Necesitan contacto con personas -profesores y estudiantes- de todas las partes, para perfeccionar sus habilidades escuchando y comunicándose con personas muy diferentes a ellos. Y, sobre todo, los líderes religiosos para el contexto futuro necesitan lo que las mejores escuelas hacen mejor: tienen que ser profundamente alterados. Un ejecutivo de iglesia una vez me describió el efecto que ejerció sobre él la educación en uno de los seminarios mejores su denominación: “Los profesores nos cogían por los pies, nos volvían de al revés, de modo que toda la calderilla teológica se caía de nuestros

bolsillos, y cuando nos dejaban, teníamos un evangelio que podíamos defender por el resto de nuestras vidas”. El tipo de confrontación que conduce a un arraigo personal, teológico y espiritual, que es el núcleo de la clase de ministerio que será necesario para el futuro, puede ocurrir en una variedad de lugares, pero el más fiable se produce en las mejores escuelas.

Como ustedes bien saben, la Iglesia Episcopal tiene demasiados seminarios y muy pocos son fuertes. Ustedes, los obispos, no tienen el poder formal para racionalizar el sistema de la educación teológica. Sin embargo, ciertamente cuentan con una enorme influencia. Al decidir dónde enviaran a tus postulantes, y me atreveré a decir que la mayoría de ellos deberían pasar algún tiempo relacionado con una escuela teológica acreditada de alguna manera; al decidir a quien elijen como socio para los programas locales de formación del clero y de los laicos; y, no menos, al estimular a los posibles donantes (cada donante potencial importante de seminarios reside en una de sus diócesis): por todos estos medios, pueden prestar apoyo a los seminarios que se están preparando para el futuro. Ustedes pueden y deben favorecer a aquellos que no sólo tienen programas con visión de futuro, sino que también están tomando las medidas que los harán durables, resistentes, fuertes para el futuro, por su gestión competente, asociaciones creativas, y en caso necesario mediante la exploración de, ¿me atreveré a decir la palabra?- uniones [con otros seminarios].

Esta gran tradición necesita seminarios que sobrevivan, y los seminarios necesitan su ayuda. Por favor, se la den.

Barbara G. Wheeler
Cámara de los Obispos, Phoenix, Arizona
20 de septiembre 2010